

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 12 DE ABRIL DE 1908

NÚMERO 15



MARGARITA

No llores más, Margarita; ven á pedir perdón á mamá y ya está todo arreglado.» Esto lo decía la anciana Florencia, que fué niñera de la madre de Margarita, y que quería á la pequeña como si fuese su nieta; pero la niña no atendía á razones. Su rabieta adquiría unas proporciones alarmantes, los gritos iban en aumento, y su linda carita parecía una amapola. «Vamos, monina—insistió Florencia,—cálmate, que

te vas á poner mala. Es preciso ser buena y pedir perdón. Ven.» «No... no, no... qui...e...ro.» Se oyó una voz fuera que decía impresionantemente: «Déjela usted sola y cierre la puerta.»

Margarita seguía llorando hasta que, rendida de fatiga, se cerraron sus párpados y... se encontró en un jardín ideal. Al pronto, se quedó Margarita absorta ante tanta belleza; pero poco á poco empezó á darse cuenta de dónde estaba, y deseosa de gozar, se acercó al rosal que la gustó más para coger una flor; pero antes de tronchar su tallo oyó una voz que decía: «¡Pobre de ti si me tocas!» La niña retrocedió asustada, y pensó que sería el guarda el que habría hablado para que no estropease las plantas. Se fué hacia el estanque, y sin duda el cisne adivinó las intenciones de la niña, porque dió un salto perezosamente y se colocó sobre el borde con las alas abiertas, Margarita se paró un poco impresionada sin atreverse á decir palabra. El cisne volvió á meterse en el agua y dijo con una voz extraña: «¡Pobre de ti si te acercas!» Esto ya la impresionó de veras y echó á correr buscando la puerta para marcharse. Intentó inútil. Aquel jardín no tenía entrada, y era inmenso. La pobre se cansó de correr y se sentó al pie de una palmera. A los pocos segundos se vió rodeada de pajaritos preciosos, de todos colores, verdes, azules, encarnados y amarillos, con los piquitos negros. Aquello sí que era bonito. En su vida había visto nada parecido. Uno de ellos se acercó tanto á Margarita, que casi la tocaba con sus alas, y ella no pudo resistir la tentación de cogerlo. Le hizo mil fiestas y hasta le besó en la cabecita. Los otros pajarillos, deseosos de obtener igual gracia que su compañero, se acercaron más á la niña, que fué cogiendo á todos uno por uno y acariciándolos. Cuando más entusiasmada estaba, se oyó un ruido entre las hojas de la palmera y salió un pájaro negro como el azabache, con un pico blanco muy largo. A su vista huyeron los pajaritos con toda la velocidad de sus alas, Margarita cerró los ojos muerta de miedo y sintió que la levantaban suavemente y la llevaban por el aire.

Hacia un rato que volaba sin saber cómo y sin atreverse á abrir los ojos, cuando oyó que alguien la decía al oído. «¿Para qué has venido aquí, infeliz?» La niña quiso responder y no supo. Su espanto iba en aumento. Al poco rato la dejaron en terreno firme, miró á todas partes y no vió nada. Era de noche, y una noche tan oscura, que ni una sola estrella brillaba en el firmamento. Margarita sintió hambre, y el pájaro negro, que sabía todo lo que pensaba la niña, se presentó circundado por una luz blanquecina con un cesto repleto de golosinas y manjares exquisitos; pero cuando la pobre pequeña fué á coger un peirrito de mazapán, volvió á oír: «¡Pobre de ti si me tocas!»

Aquella vez como esta misteriosa voz salía de las tinieblas en vez de salir de un precioso rosal, la sobrecogió de tal modo que rompió á llorar amargamente, invocando á su ángel de la Guarda. En el mismo instante apareció una mariposa blanca que se posó sobre un hombro de Margarita y la susurró al oído: «¿Te acuerdas de lo que hiciste ayer?»

¿Te acuerdas que tu mamá te mandó que dieras una muñeca á la niña de la lavandera, y tú no quisiste? Además, te negaste á pedir perdón cuando te encerraron, y por eso estás aquí rodeada de todo lo que pueda gustarte; pero sin poder disfrutar de nada, y el pájaro negro que te ha traído á esta montaña, te bajará cuando amanezca al jardín y allí verás muchas cosas más bonitas que las que viste ayer, pero no podrás tocarlas, y verás una espléndida comida y no podrás comer, tendrás sueño y sólo encontrarás esta tierra dura para dormir.» «¿Y hasta cuándo voy á estar aquí?» preguntó angustiadísima Margarita. «Hasta que te des cuenta y comprendas lo que sufren los niños pobres, que ven nuestros juguetes sin poder jugar con ellos; que ven los escaparates repletos de cosas buenas, ellos tienen hambre y no pueden comprarlas; que tienen sueño y sólo encuentran un duro catre algunos, y otros los quicios de las puertas de vuestras casas, donde los azota la lluvia y los hiela el frío durante la noche. Cuando tú deseches de tu corazón el egoísmo para que quepa en él la caridad, entonces volverás á tu casa.»

La niña abrió los ojos sobresaltada.

Estaba en la cama, su madre hablaba con el médico en un rincón del cuarto iluminado por una lamparilla.

Ella oyó claramente que el doctor decía: «No hay que asustarse, es muy nerviosa, y como la fiebre ha sido alta deliraba un poco; pero ya pasó y mañana estará bien.» «¡Ay, doctor!, tiene esta criatura un genio imposible. Ayer pasó dos horas llorando porque la castigué, y cuando dejó de rabiar se quedó dormida y la dió una calentura que nos asustó atrocemente.»

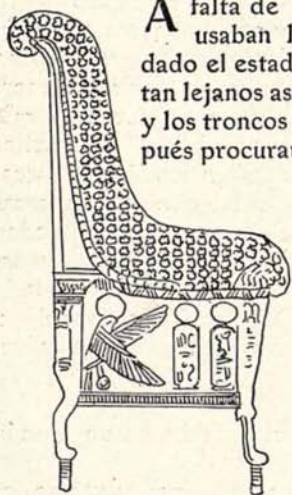
El doctor se fué, y cuando la madre de Margarita volvió al lado de la cama, la niña la echó sus bracitos al cuello, diciendo: «No volveré á ser mala; dale mi muñeca á la niña de la lavandera.»

MARIA



HISTORIA DE LAS SILLAS

A falta de fuentes que nos den á conocer qué asientos usaban los hombres primitivos, nos dice la razón que dado el estado de incultura en que se encontraban nuestros tan lejanos ascendientes, aprovecharían el suelo, las piedras y los troncos yacentes de los árboles para su descanso. Después procurarían evitar la dureza, humedad, etc., del suelo, y puesto que mataban fieras empleando la carne como alimento y las pieles como vestidos, no es muy difícil adivinar que lo conseguirían colocando estas últimas á modo de alfombras. Se emplea este procedimiento en la actualidad en países poco civilizados, en muchas regiones de Arabia y Turquía.



SILLA EGIPCIA

estar sentado con relativa elevación, que acurrucado en el suelo, pareciendo así que se conserva más la dignidad del hombre. Posteriormente á esas épocas, en algunas ruinas antiquísimas se han encontrado bancos de bronce groseramente labrados é incrustados de plata.

Los primitivos asientos de los griegos fueron los taburetes ó cilindros de madera de algún radio y poca altura, sujetos por patas, generalmente metálicas y multiformes; las sillas que denomi-



SILLA GRIEGA

naban *clisié* ó *clismos*, que eran de dos formas: la ordinaria ó fija en cuatro pies, y la llamada *pliant*, que consistía en fuertes franjas de tela sujetas por soportes de metal ó madera, cruzados en forma de X. De esta última se servían mucho, haciéndose seguir de un esclavo que la llevaba donde sus amos fuesen.



SILLA GRIEGA

También eran de un uso muy frecuente las butacas que llamaban *thronos*, y de aquí nuestra palabra trono. Estas sillas presentaban un ; , 'e vista estético. Estaban sostenidas por pies primorosa-

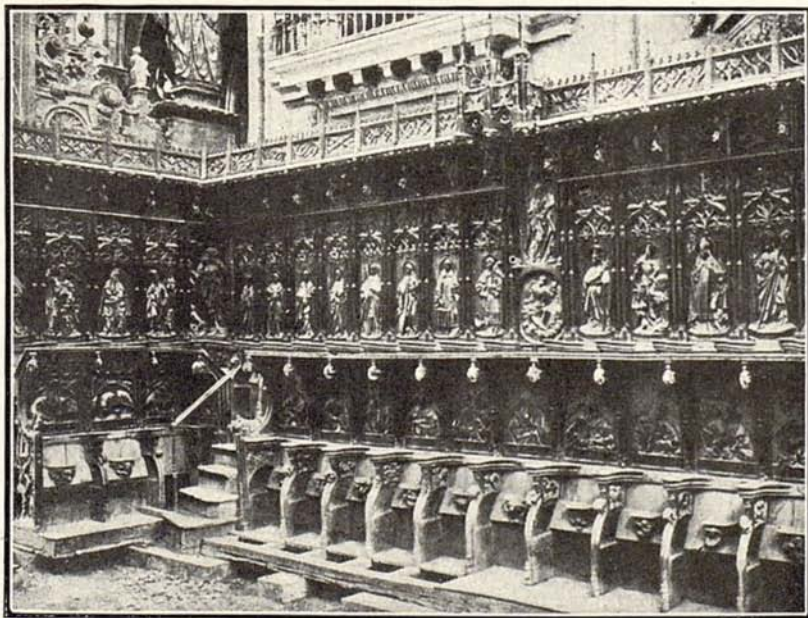
mente labrados figurando patas de animales, leones por regla general, y otras veces dos ó cuatro de estos animales tallados servían de sostén al plano del asiento, y en su prolongación, ó constituyendo otra figura diferente, estaba formado el respaldo, recto ó algo inclinado.

Los asientos romanos se diferenciaban poco de los griegos. Llamaban á la silla, *sella*; á la butaca, *solium*, y si estaba construída para acomodarse dos personas, *bisellium*, y á la silla de los templos, *cathedra*. Por regla general, y en un principio, los convidados á la mesa entre los romanos no excedían el número nueve. Sabido es que usaban la sillacama y se colocaban á tres costados de la mesa, dejando el cuarto libre para el servicio. Después idearon colocar un diván semicircular que llamaban *sigma*. Esto no fué siempre, pues en los primeros tiempos los romanos comían cual nosotros, sentados. Dejó el *diván turco* y sus descendientes el *sofá* y el *canapé* (palabra derivada del *canapeum* latino); como más moderno, las sillas de nuestras catedrales, entre las que hay verdaderas joyas del tallado, y, por último, la *muelle silla* del descanso eterno: la carroza que nos conduce á la sepultura.

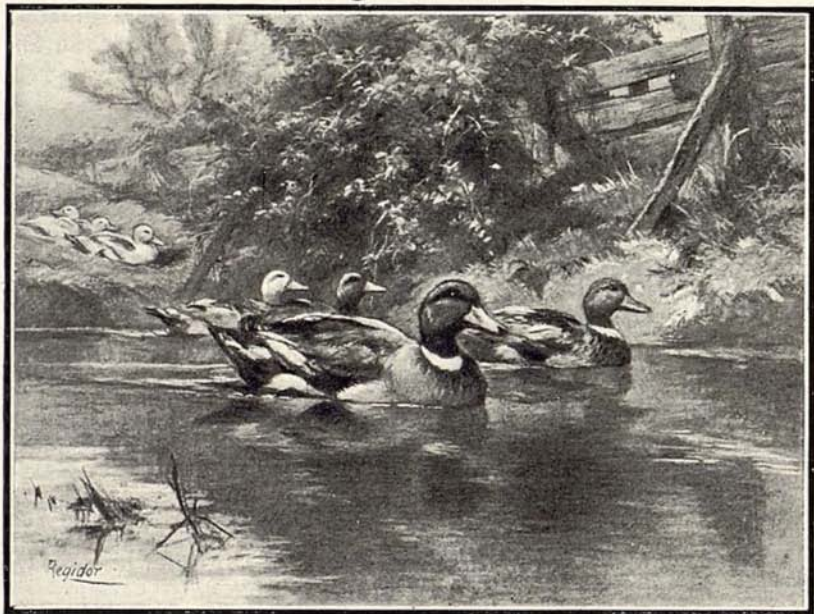
La vanidad y el lujo modernos nos ofrecen asientos ó sillas de mil clases y diferentes construcciones, pues mientras que antes una época tenía su estilo, hoy todos ellos se dan la mano y se adaptan á la moda.

EME

Nota.—Los asientos á que hago referencia, están tomados de D'Azambuja, donde dice: *Des sièges et des façons de s'asseoir*.



SILLERÍA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN



EL PATO

En un ancho estanque, de tan plácidas ondas que en ellas se reflejaba el cielo con toda limpidez y pureza, vivía una legión de patos en amorosa y sosegada asociación. Los días de su existencia se deslizaban mansos y tranquilos, sin que sintieran el aguijón de la necesidad ni los fuertes espolazos de la pena. Si querían estar escondidos, se ocultaban en la penumbra de los juncos y espadañas; si preferían bañarse, zambullíanse en las dormidas aguas, saliendo de ellas limpios y apuestos, y si gustaban de dormirse al sol, se echaban sobre sus rojizos torsos y cerraban los pardos ojuelos, mientras que sus hermosas plumas, azules las del cuello, pardas las del pecho y espalda y blanquecinas las del vientre—brillaban y refulgían como esponjadas de luz. Eran un tanto orgullosos, y se tenían por seres perfectísimos; así es que se quedaron con los amarillos y anchos picos abiertos de pasmo cuando supieron que el gran Víctor Hugo dijo: «Existen picos que no son picos, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, y gritos dolorosos que hacen reír: así es el pato...»

—Pues señor—dijo uno de ellos,—¿hay acaso ser que nos aventaje? Nosotros podemos nadar, volar y correr.

A lo cual le replicó entre ásperos silbos la célebre serpiente de Iriarte:

No hay que echar tantas plantas; ni vuela como el sacre,
 pues, ni anda como el gamo, ni nada como el barbo...

Al principio les escocío tal retahula de verdades; pero luego cayeron en la cuenta. ¿Quién decía tales cosas...? Una mísera serpiente, de pura envidia, porque ella no podía más que arrastrarse por la dura tierra; y en cuanto á Víctor Hugo... ¡seguramente habló de ellos sin conocerlos! Y los orgullosos patos esperaron desde aquel día á que la casualidad les deparara ocasión en que mostrarse á los hombres con todo el garbo de sus andares y con toda la gracia de sus movimientos.

Al fin llegó el día en que iban á ver cumplidas todas sus aspiraciones. Un grupo de hombres se acercó cautelosamente al estanque y se escondió tras un montón de verdes espadañas y delgados juncos. El día estaba hermoso. El cielo azul y radiante se reflejaba en las quietas aguas como en un espejo. Los patos dispusieron á mostrar sus habilidades. Primero, previa la alisadura de sus plumas, volaron para demostrar su pericia en el dominio de los vientos; luego corrieron chapoteando sobre el fango de los juncales, y por último se tiraron al agua en magnífico escuadrón, dirigiéndose hacia el escondrijo de los hombres. ¡Que vieran éstos cómo Víctor Hugo se equivocó al zaherirlos...!

Repentinamente, por entre las junturas de las espadañas, ya cercanas á ellos, salieron como cuchillos de humo, y, simultáneos á éstos, retumbaron varios disparos, á cuyo estruendo levantaron los descuidados patos el vuelo, no todos ciertamente, pues varios vinieron á parar, agonizantes, en las fauces de unos perros, valientes nadadores...

Por todo el dilatado campo se extendió un silencio sepulcral. Era como si la Naturaleza se doliera de la muerte de aquellos hijos suyos, víctimas de su necia y tonta presunción.

José A. LUENGO





MUERTE DEL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA

El condestable de Castilla y mestre de Santiago, D. Alvaro de Luna, fué favorito del rey de Castilla D. Juan II, y de tal suerte llegó á apoderarse del ánimo del Rey, que durante treinta años puede decirse que fué D. Alvaro el verdadero monarca. Tan larga y poderosa privanza concitó contra él los odios de los nobles, que procuraron su pérdida inútilmente varias veces; pero la voluble fortuna, que tan fácilmente destruye las humanas grandezas, le fué adversa. En el año 1453 fué preso D. Alvaro de Luna en la fortaleza de Portillo, y de allí conducido á Valladolid para ejecutar la sentencia de muerte dictada contra él. Al subir al cadalso dió á un paje suyo el anillo de sellar, diciéndole: «Esto es lo postrero que te puedo dar.»



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XIII

Este año sí que los tengo muy felices!—decía yo saltando y corriendo.—¡Jesús, qué ruido y qué algazara.

—Ya ves cómo es más divertido ser buena—me dijo la *miss*.

¡Ya lo creo!

Pues verán ustedes. Después que comimos y dí mis lecciones, me fuí á paseo con mamá y mis hermanas, y no con la *miss* como todos los días. Por cierto que pasé muchísima vergüenza, y diré por qué. Dió la casualidad de que fueron al mismo paseo que nosotros aquellos pobres muchachos que estaban un día mirando á los balcones de casa... ¿Se acuerdan ustedes...? A los que tiré el almirez... ¡Jesús, qué colorada me puse cuando los vi! ¡Y parecía que querían hacerme tabiar porque siempre venían detrás...!

Cuando llegué á casa, dije á la *miss*.

—¡Uy, qué miedo he pasado! ¡Cómo me miraban aquellos *señoritos* que recibieron mi almirez por el balcón!

—No sé lo que son *señoritos*—dijo la *miss*,—ni creo que esa debe ser palabra española, francesa ni inglesa.

—¡Pues así llama la cocinera á mis hermanos!—contesté.

¡Anda salero; qué cara puso la *miss*!, creí que me iba á castigar, pero no. Me respondió:

—Bueno; ya preguntará tu mamá á la cocinera si en su tierra se dice eso; pero como es una palabrita fea y rara, tú que eres tan bonita no la dirás más. ¡Si vieras qué boca más feúcha se te pone al decir eso! En cuanto á esos jóvenes, claro es que no debían tener muy buenas intenciones yendo detrás de vosotras. Se habrán acordado del almirez y querían llamar á un guardia. ¡Como que es muy malo hacer chichones á los muchachos que miran al balcón!

Pues verán ustedes. Al volver de paseo me encontré con el collar y los dos duros de papá. El collar es de perlas, pero de perlas de verdad, no crean ustedes. ¡Como que le ha costado seis pesetas! Los dos duros son nuevecitos. ¿En qué los gastaré? Voy á comprar un caballo de veras, y muchos bombones, y un fogoncito de hierro, muñecas chiquititas para que sean hijas de Baby, y un coche, y muchas postales. y... ¡yo quisiera comprar tantas cosas con esos dos duros! No sé, no sé al fin qué haré... ¡Como nunca he tenido tanto dinero junto!

Bueno; también encontré la camita para Baby; es toda dorada, lo mismo que la mía, y tiene colchones, sábanas, almohada y colcha; pero sólo una de cada cosa, y no puedo ponerla limpia; de manera que tendré que hacer ropita para la cama. ¡Ah! ¡Pues si hago sábanas, las pondré bolsillos! A mí me gustan mucho los bolsillos en todas partes, y además hacen una falta atroz. Yo cuando me acuesto, no sé qué hacer de tantísimas cosas como llevo en los bolsillos del delantal, y me parecería muy bien que las sábanas los tuviesen también. Así es que la cama de mi niña los tendrá, ¡pues no faltaba más!

Pues ahora viene lo mejor. ¡En mi cuarto había una casa de muñecas enterita! ¡Qué preciosidad! Una salita azul, un comedor encarnado, un tocador de color de rosa, una alcoba amarilla y un cuarto de baño. ¡Y con balcones y todo! ¡Es más linda! Lo que no tiene es cocina, porque dicen mis hermanos que como la tengo casi de veras, no hacía falta.

Ahora me hace falta gente para la casa, y mañana mismito cuando saiga compraré *inquilinos*. Un señor y una señora que tengan un niño y dos criados; como tengo tanto dinero no me apuro ni pizca; compraré todas las cosas que me dé la gana.

Desde mañana, además de eso, me aprenderé otra vez las lecciones y coseré y guisaré. ¡Jesús, qué vida tan atareada! Con el jaleo del día de mi santo, y arreglar las cosas que me regalaron, he estado ocupadísima. Pero no quiero ser holgazana, no, señor; y ahora que ya soy *ama de casa*, es preciso saber mucho.

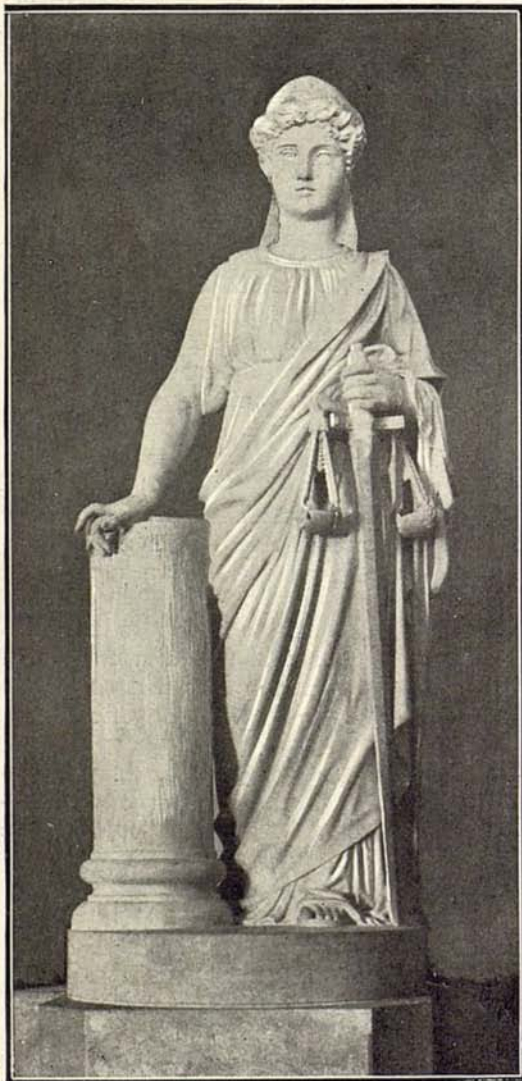
Por lo pronto, lo que más prisa corre es gastar los dos duros en seguidita, aunque la *miss* dice que no debo tener prisa, y que las mujeres no deben ser gastadoras. Pero yo no hago caso. ¡Si parece que me pinchan los dos duros en el bolsillo!

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO



LA ESTATUA DE TEMIS

Las divinidades del paganismo, que conocemos por las fábulas mitológicas, personificaban y representaban ideas fundamentales de aquellos pueblos, y de esta suerte la diosa Temis era el símbolo y representación de la Justicia.



Fué reina de Tesalia, y según Hesiodo, era hija del Cielo y de la Tierra, simbolizados en los dioses Urano y Gea.

Antes que Apolo tuviera en Delfos su templo famosísimo en que pronunciaba sus oráculos, pronunció Temis sus primeros fallos y enseñó á los primeros hombres las nociones de lo justo y lo injusto.

Representáronla los artistas griegos como una matrona de armoniosas facciones y majestuoso continente, como reflejo de la ecuanimidad y rectitud de su espíritu, y diéronla por atributos la espada y la balanza. Emblema la primera de autoridad y jurisdicción, y la segunda, colocada en el fiel, de la igualdad de los hombres ante la ley.

Este símbolo de la balanza para pesar las acciones humanas ha sido siempre, y sigue siéndolo, emblema de la justicia.

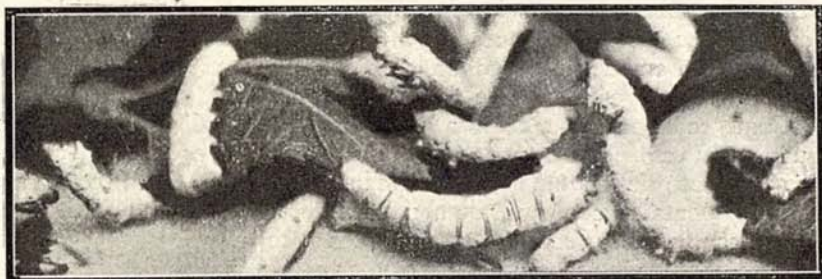
Temis, según la mitología, era esposa de Zeus y madre de las Horas, que miden nuestra vida, y de las Parcas, que hilaban y tejían la trama de la existencia.

Era Temis una de las divinidades más antiguas y respetadas del paganismo, y Atenas la adoraba en un templo erigido en el monte Parnaso. Sentada en el

Olimpo, cerca de Zeus, presidía el orden universal, los juramentos y la justicia.

En los signos del Zodiaco la balanza de Temis es el atributo de *Libra*, puesto en el equinoccio de otoño.

C.



GUSANOS DE SEDA EFECTUANDO LA CUARTA MUDA

LA SEDA

Cuando llega la primavera, y al propio tiempo que brotan las hojas en las moreras, empieza á transformarse la semilla (se llama así porque realmente tiene más aspecto de simiente que de huevo de donde puede salir un ser vivo) de los productores de seda, y cada grano se convierte en un gusano que, al principio, pesa un miligramo, ó todo lo más miligramo y medio.

Se pone á los gusanos sobre una capa de hojas de morera que les sirve de lecho y de alimento, cuidando de mudar varias veces al día esas hojas para que tengan siempre comida fresca y limpia, pues debe advertirse que son muy voraces y que durante su corta vida no tienen otra ocupación que comer.

Siete días después de su nacimiento, quédanse inmóviles y duermen por espacio de unas treinta horas, al cabo de las cuales se salen de la antigua piel que les envolvía y empiezan de nuevo á comer con gran apetito, para resarcirse del ayuno que han sufrido.

Pasados unos días, nuevo sueño y nueva muda, y repiten esta operación hasta cuatro veces. Ocho días después de haberse vestido de nuevo por cuarta vez, pierden los gusanos el apetito, su cuerpo se afila y se pone casi transparente, parece que están inquietos y que quieren marcharse del lecho de hojas de donde siempre han vivido, y levantan la cabeza como buscando sitio por donde escapar.

Si entonces se colocan ante ellos nuevos ramajes secos, se les verá trepar y, después de elegido un sitio conveniente, empiezan á tejer su capullo. Para lograrlo, se colocan entre dos ramas poco distantes una de otra y van recubriendo el espacio que entre ellas queda con la secreción ó baba que echan por una trompa que tienen en el labio inferior.

Esta secreción se produce en dos conductos paralelos colocados debajo del tubo digestivo; comunican aquellos con un recipiente y éste con el labio inferior de los gusanos.

Una vez formado el capullo alrededor de su cuerpo, se encierran dentro de él, allí se convierten en crisálidas, y, transcurridas unas tres

semanas, reblandecen el capullo, lo rompen y salen de su prisión en forma de mariposas. Después de esta metamorfosis, su vida es corta, pues mueren en cuanto depositan la semilla, en donde al año siguiente saldrá la nueva generación de gusanos.

Como cada mariposa hembra produce de 400 á 600 granos, basta guardar un reducido número de capullos para tener asegurada la cosecha. El resto de los que se hayan recogido, se mete dentro de unas estufas calentadas con vapor de agua, con objeto de ahogar la crisálida, y se secan luego los capullos poniéndolos al sol.

Para obtener la seda que contienen, se echan en agua hirviendo que luego se enfría hasta los 65 grados; se golpea ligeramente, con una escobilla hecha con ramajes, los capullos que flotan, hasta que se prendan sus hilos en las ramas; se tira entonces de estos hilos y, si no se rompen, ellos serán los que sirvan para devanar el capullo. El hilo de seda contenido en cada uno de éstos puede tener hasta 1.500 metros de largo. Cien kilogramos de capullos podrán dar unos ocho kilogramos de seda hilada.

Mediante procedimientos que no caben aquí, se limpia la seda, se la blanquea, se le da el brillo que luego tiene y, con tintas diversas, se la colorea según el gusto de los mercados y la moda.

La producción de seda está muy extendida. En nuestras comarcas de Levante fué esta industria una verdadera fuente de riqueza que, por desgracia, hemos perdido.

A mediados del siglo pasado se declaró una epidemia que, matando los gusanos, arruinaba esta industria, y de estudiar sus causas fué encargado Pasteur, que logró averiguar el origen de la enfermedad y consiguió combatirla victoriosamente.

JUAN ANTÓN



EL DESEMBOJO

HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...



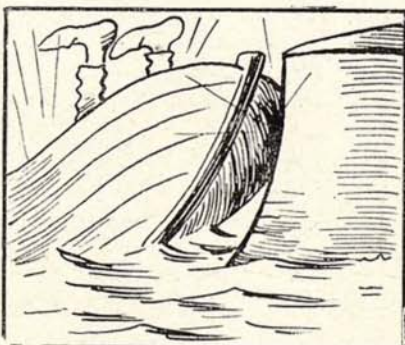
D. Mateo había adquirido una escopeta de retrocarga, retroceso y fuego central.



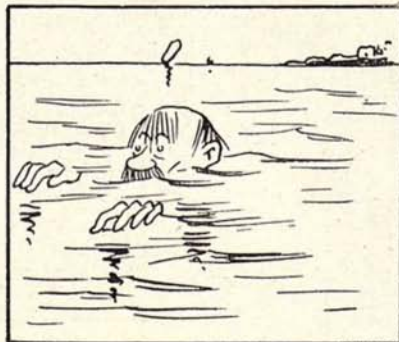
En el debut le salió el tiro por la culata, y decidió no volver á cazar ni con liga.



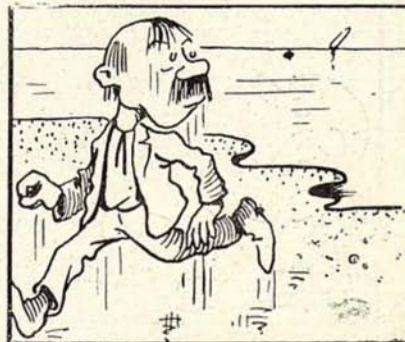
Dedicóse entonces á la pesca, por ser deporte menos expuesto y más descansado.



Pero una lancha automovil le abor-dó su embarcación, convirtiéndole en pez.



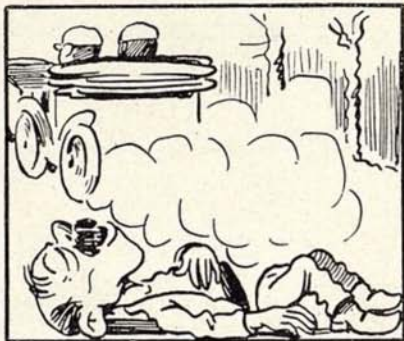
Después de tragos muy amargos y grandes apuros logró alcanzar la orilla.



Y así que se vió en salvo juró no volver á meterse ni en un baño casero



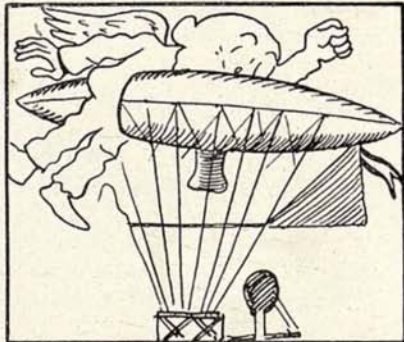
Y escarmentado de sus anteriores deportes, se dedicó á dar largos paseos.



Un automóvil se le echó encima y lo partió en dos pedazos.



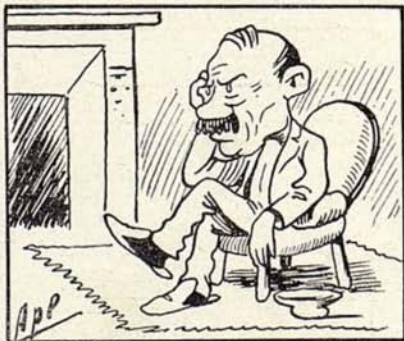
El cuerpo de D. Mateo quedó en tierra, y su espíritu se elevó al cielo.



En el trayecto, un puntiagudo dirigible le dió un encontronazo tremendo.



Al ver un alma tan averiada, San Pedro se negó á recibirla.



Por lo cual, D. Mateo volvió á la tierra y recobró la vida.